

escuela a la Universidad; la situación de los españoles; y la organización del ejército. Y así encontramos una octavilla con datos muy precisos acerca del Instituto Pedagógico de Santiago: asignaturas que se imparten, horas de clase, honorarios del profesorado, etc. Otra anotación se refiere al Liceo superior de niñas, también de Santiago, cuyas alumnas siguen dos cursos previos al Instituto Pedagógico, en los que estudian francés, inglés, alemán, biología, química. El centro le causa buena impresión y anota que tiene «buenos gabinetes modernos alemanes; el de botánica, austríaco. La directora extranjera ¿alemana?». Y con minuciosidad informativa por los detalles concretos añade: «Mobiliario modelo de poco espacio para que la niña pueda “pararse” dada la estrechez de hueco para pararse. La tabla de pupitre se pliega quedando en forma de atril y el asiento gira hacia atrás».

Cuando visita la Universidad toma nota de que tiene cuatro pensionados en Nueva York para estudiar agricultura, otros cuatro en Londres estudiando cría de ganados, tres en Francia estudiando pintura y otro en España también estudiando pintura.

Las anotaciones acerca del ejército chileno presentan un especial interés por cuanto estaba reciente el proceso de profesionalización de dicho ejército, impulsado por el presidente Balmaceda quien había contratado una misión militar alemana dirigida por el coronel Koerner, la cual había llegado a Chile en 1886. Menéndez Pidal, casi veinte años después, nos cuenta sus impresiones: «Ejército chileno todo con instructores alemanes. Hoy el jefe superior es el Gral. Koerner que tiene hijo chileno pero educándose en Berlín. Cuando la sublevación contra Balmaceda él apoyó a los sublevados y estuvo a punto de ser cogido en Valparaíso por los destroyers que permanecían con Balmaceda contra toda la Escuadra sublevada».

A continuación reseña distintos datos: en la Maestranza le enseñan 500 cañones de campaña, en el cuartel de artillería Tacna le muestran el cañón divisible «igual al de campaña pero que se desatornilla por la mitad y puede ser transportado por 7 mulas con municiones»; y más detalles acerca de la defensa de Valparaíso y su dotación o de la Escuela Naval, «muy bien montada». La Escuela Militar de Santiago —una de las piezas clave en la reforma inspirada por Koerner— «tiene un edificio nuevo espacioso, casi lujoso. Uniformes nuevos. Pasos de parada alemán. Gimnasio sueco recién montado que costó un dineral».

Las notas que escribe Menéndez Pidal a propósito de la colonia española en Chile o de las características del comercio español en aquel país, demuestran, una vez más, la calidad del espíritu de don Ramón y su interés por la presencia y quehacer de sus compatriotas en los países de ultramar. Como siempre nos encontramos con noticias precisas: en Antofagasta hay «unos 400 españoles entre la ciudad y el interior salitrero, según el cónsul, pero inscritos sólo 6». En Coquimbo unos 35 españoles y en Santiago «hay 7 u 8 mil que comercian con trapos generalmente. En el Círculo Español hay 430 españoles. “La Española”, sociedad de seguros es la más fuerte de las extranjeras después de dos chilenas, está antes que la italiana y la alemana. Tiendas La Madrileña, La Asturiana, La Pravianana. Por todas partes se hallan».

Pero en otra octavilla reseña sus observaciones acerca de lo que califica de *deficiente* comercio español, y ello por la «falta de formalidad y exactitud». Y entre los ejemplos que pone para fundamentar su juicio, encuentro significativo el siguiente: «Un viajan-

te zaragozano de la casa alemana de trapos de Santiago que vende 5 ó 6 millones de pesos anuales, que me encontré en Tartal a bordo, fué a Barcelona, pidió 2.000 colchas de tales colores con tal envase y en vapor alemán; vinieron retrasadas, los colores alterados, el envase inferior, el flete diverso pues no hubo facilidad, etc.»

También señala que falta información, que «no fían», y concluye: «Poca ambición y poco riesgo, poco celo por agrandar y en extender el negocio. Defecto también general que debe corregirse en las escuelas, con educación, como la envidia otro gran defecto nacional de que se quejan los individuos de la colonia española».

No es posible citar con la minuciosidad merecida todos y cada uno de los temas que suscitaron el interés y la curiosidad de Menéndez Pidal, en sus breves semanas en Chile. Pero no puedo dejar de mencionar las notas escritas por don Ramón acerca del salitre, tan esencial para la economía chilena, sobre cuya producción y exportación reseña datos y noticias precisas. Tampoco falta una nota escrita acerca del popular y peculiar tipo chileno que es el «roto». Merecería esa nota su completa transcripción como muestra muy significativa de la agudeza observadora de nuestro insigne académico. Vayan, al menos, algunos expresivos fragmentos: «El roto chileno no teme la muerte, es fornido y recio; especial en toda América, gran mezcla de araucano y español. Un minero inglés que fue a Araucanía llamó a un araucano vendedor de frutas para hacerle preguntas y admirar su tipo y luego le quiso dar una peseta. El araucano le miró de arriba abajo sin tomarla; nunca se le olvidaba al inglés de Antofagasta la mirada digna y señorial que le dirigió sin decirle palabra». O éste: «A Chile como país pobre no iban a buscar oro; iban los segundones a pelear con los araucanos y de su fusión nace la raza chilena. Un boliviano al presenciar los cantos patrióticos en las escuelas y observar el sentimiento patriótico chileno desde la costa a los Andes, dijo: ‘Esta unidad nos venció en la guerra a bolivianos y peruanos’».

Y tras las jornadas chilenas, don Ramón emprende el viaje desde Santiago hacia Buenos Aires. El 3 de mayo el tren en que viaja desde Mendoza choca con otro en Alto Grande. Este pequeño accidente le permite vivir una experiencia cuyo relato nos ha dejado en una de sus octavillas. En su tren iba una compañía de soldados argentinos que se bajó al andén con guitarras y bagajes. El hambre del desayuno se dejaba sentir en todos los pasajeros. Yo logré por un peso derecho a un bocado de cordero que asó el jefe de estación. Unas mujeres (del tren?) encendieron una hoguera y pusieron dos teteras con agua a hervir. En una taza de hierro esmaltado llena de hierba mate del Paraguay tenían un tubo de latón con un colador en la parte inferior a modo de paja de horchatería, para chupar el agua caliente que vertían sobre las yerbas. Acabada de chupar por un soldado devolvía a la mujer la taza con el chupador dentro y sin sacarlo ni limpiarlo, la mujer espolvoreaba las yerbas con azúcar, vertía de nuevo agua caliente y alargaba la taza a otro soldado, y así a todos».

La popular ceremonia del mate ha quedado precisa y sencillamente descrita en esta breve «estampa costumbrista». Tras el accidentado viaje, la visita a Buenos Aires de Menéndez Pidal, de diez días de duración, estaría dedicada —es fácil imaginarlo— a los temas que hemos visto le han atraído en las ciudades antes visitadas. Dos octavillas se conservan en su archivo: una dedicada a centros de enseñanza en Buenos Aires y otra en la que recoge diversos datos acerca de la colonia española en Argentina. Los centros

escolares que visita son la Escuela «General Sarmiento» para niñas y la Escuela «General Roca» para niños. En ambos casos se trata de edificios importantes, al segundo de ellos lo encuentra «elegante y suntuoso». Le sorprenden algunas novedades didácticas. Así que en las clases de historia se hagan continuas preguntas lo que mantiene despierta la atención de las alumnas; en la Escuela «General Roca» anota que en las aulas hay un cartel colgado con una máxima «que se muda cada día al empezar la clase y se explica: “el progreso del mundo se funda más en dotes de carácter que de inteligencia”».

También registra que en este centro hay «clases de escribir en máquina, taller con 40 ó 60 bancos de carpintero para trabajo manual, jardín cultivado por alumnos, el césped por los de tal sección, las plantas por otros. En la Recoleta tiene la escuela campo de ejercicio físico, foot bal es voluntario, pero de los 400 niños asisten 350 con entusiasmo».

Es evidente que estas anotaciones son muy expresivas de la preocupación pedagógica de don Ramón y no es aventurado pensar que el reseñar estas actividades escolares demuestra su conformidad y agrado.

La otra octavilla tiene por tema la situación de la colectividad española: de 8 a 10.000 españoles, le informan, hay en la provincia de Mendoza, en cuya capital visita la bodega de Balbino Arizar, navarro, donde «tienen vinos de cepas criollas o españolas que son los únicos que gustan a los naturales; las cepas francesas dan vinos para los colonos extranjeros».

Doce mil españoles residen en la provincia de San Juan. Don Ramón anota que según Gomara, director de *El Diario Español*, la colonia española acaso es menos numerosa que la italiana pero más selecta y acomodada. De todos modos, Gomara cifra en 400.000 los españoles residentes en la Argentina. La minuciosidad pidalina llega a reseñar datos tan concretos como éstos: «45 millones giró a España el Banco Español del Río de la Plata (uno de los mejores edificios de banco entre los muy lujosos que se hacían en la calle de Reconquista y Bartolomé Mitre) procedentes del pequeño ahorro de los emigrados que remiten a sus familias». Y añade este comentario: «El espíritu de ahorro es una enseñanza beneficiosa que el emigrante da al criollo, según me decía el intendente de Valparaíso; por carecer de esta enseñanza resultaba Chile inferior a la Argentina en que con 3 y medio millones de habitantes sólo tenía 50 millones de capital flotante mientras la Argentina con 4 millones de habitantes tenía su banca 300 millones de capital flotante».

Del viaje de regreso a España que hace a bordo del buque francés *Atlantique*, sólo dos breves notas hemos encontrado en el archivo y las dos relativas a las colectividades españolas en Uruguay y en Brasil. En el primero reseña que hay 55.000 españoles residentes, son «los primeros ganaderos ellos, que en Galicia y en otras regiones de España, no saben sino dejar que los animales crezcan, aquí traen de Inglaterra un toro de 40 mil pesos o un morueco merino (no de España!) de 3 ó 4 mil pesos para reproducir y mejorar».

En Brasil aparte de citar que en Río hay 25.000 españoles (y da la cifra de 800.000 habitantes para la entonces capital brasileña) y que en el Estado de São Paulo hay 30.000 españoles de los cuales 10.000 están en Santos, también reseña los periódicos publicados por los españoles: *El Correo Gallego*, *La Tribuna* y *La Voz de España*.